



EL DUENDE VERDE

Jorge Bogaerts

EL DÍA
QUE HIZO
MUCHO VIENTO

Ilustración: Nivio López Vigil

1 CARLOS CARLOS

DESDE que aquel chico llegó a la escuela, procedente de no sé qué lejano lugar, presentí que alguna vez tenía que suceder algo como lo que empezó a pasar en aquella clase de lenguaje. Julia, mi mejor amiga, y yo, que por si no lo sabéis me llamo Toño, ya lo habíamos comentado un montón de veces.

Aquel no era un chico como todos. Para empezar, no se llamaba Juan Carlos, ni Carlos Manuel, como se llama mucha gente. No, no, él se llamaba Carlos Carlos y así se lo hizo saber a todos nada más llegar. Poco le importó la cara de extrañeza de la señorita Elena o el pitorreo de los compañeros. La segunda vez que la señorita insistió con su «¿cómo?», él se levantó muy serio de su asiento y respondió con voz clara y firme:

—Carlos Carlos, señorita. Me llamo Carlos Carlos.

Los chicos de la clase, ya se sabe, quisieron burlarse pero él como si nada.



Empezaron con que si Carlos al cuadrado, que si Car-Car-Los-Los y bromas de ésas, pero Carlos Carlos ni se inmutaba. Y eso provocó el que Héctor, Héctor, ese chico que hay en todas las clases, el que disfruta gastando las bromas más pesadas, bueno, pues Héctor y los tres o cuatro que siempre lo acompañaban empezaran a meterse más con él.

Pero Carlos Carlos no era del tipo de gente que se deja avasallar fácilmente, y despreciaba por completo sus bromas. Alguna vez intentaron ponerle la zancadilla y buscar camorra, pero él se encargó de demostrar que a puñetazos era tan independiente como con las otras cosas.

Por lo demás, era un buen estudiante, quizás demasiado bueno, lo que ocasionó no poca envidia entre algunos. Sin embargo, no reía porque sí las gracias de la señorita Elena (la verdad es que pocos de sus chistes y chascarrillos tenían gracia) y, pese a sus excelentes notas, no era uno de esos alumnos preferidos y consentidos.

En la cancha de fútbol, cumplía como el mejor, pasaba el balón a los compañeros, no

protestaba y a veces hacía alguna jugada genial, sin que por ello tuviese que levantar los brazos como si estuviese saliendo en la tele, ni bobadas de ésas.

Como compañero era correcto, amable y no tenía ningún inconveniente en prestar sus cosas.

Tanta perfección, junto con sus estrambóticas historias, hizo de él alguien más admirado que querido y por ello, y supongo que también porque él lo quería así, Carlos Carlos fue convirtiéndose poco a poco en un solitario que no tenía con los demás apenas más trato que el necesario.

Quizás por eso, o por ninguna razón concreta, Julia y yo nos hicimos amigos suyos. No, no. No vayáis a pensar que era una amistad tremenda, de ésas de uña y carne y de partir un piñón.

Eso no, pero teniendo en cuenta lo que se relacionaba con los demás, se podría decir que con nosotros tenía una buena amistad. Al menos, charlábamos en los recreos, repartíamos nuestros bocadillos, nos prestábamos tebeos y libros y, hasta alguna vez, íbamos a pasear en bicicleta a la salida de clase.